

UNA FORMA DE REACCION

SE ha corrido el rumor de que los españoles somos ineptos para un gran número de cosas. Se dice que «no estamos preparados». Antes era un rumor deliberado, político: el español «no está preparado para la democracia». Se ha visto que quien no está preparado es un cierto núcleo, un conglomerado de poder. No quiere perder sus prerrogativas; no quiere ceder los fragmentos —o los totales— de soberanía. Puede ocurrir lo mismo con otras muchas sapiencias. Hay una clase dotada de atributos sacerdotales —en el sentido general de la palabra, y no el del clero— que ha pretendido no enseñar. Nuestro conservadurismo viene de antiguo y no se extingue, y puede haber trazos de aquellas precauciones antiguas de que el pueblo no sepa, no entre demasiado por las vías del conocimiento y de la cultura para que no tenga en sus manos los secretos de la dirección del país; o para que no averigüe que la clase sacerdotal no sabe demasiado. Esta política se extiende por razones menos previstas. Por ejemplo, no hay aprendices en los oficios: los artesanos que aún quedan no tienen ya el «chico» que antes iba adentrándose —con penas muy duras, con una vida amarga— por el camino del oficio emprendido muchas veces sin vocación, por necesidad, pero por el que llega a oficial y luego a maestro. Cuando se ha tratado de que «el chico» pase penas menos duras y aprenda antes ha habido un rechazo en esa clase media que no quiere pagar seguridades sociales, salarios mínimos, vacaciones o fiestas. Desde el chico del oficio al sabio investigador hay todo un «continuum» de dificultades. Es mucho más fácil acusar a la juventud de que se entregan al pasotismo, o a la delincuencia y a la droga que ayudarla a abrirse camino.

El español sufre de siglos y siglos de incuria: de las verdades eternas de la religión sustituyendo al pensamiento lógico, analítico o racionalista; de las Universidades forjando continuadores del pensamiento y la organización clasista en lugar de universalizar las enseñanzas. De un retraso considerable —por algunas de esas razones— en la entrada en la era industrial; y de un retraso probablemente ya irrecuperable de la entrada en la electrónica, y en la microelectrónica.

Se ha acusado al español del viejo vicio de la pereza; del desinterés por el trabajo; de la falta del pensamiento abstracto que necesita la ciencia. Se ha comprobado que no es verdad. Los obreros emigrantes españoles han demostrado igual capacidad e iguales dotes de trabajo que los del país desarrollado al que han acudido. En los Estados Unidos hay y ha habido científicos españoles de diversos órdenes del saber que han contribuido notable-

mente a la civilización contemporánea, y han demostrado su capacidad para lo abstracto como para lo concreto. Es innecesario decir que el mundo de las artes está repleto de nombres españoles, que brotan no de una demografía culta, sino a veces contra ella: hay nombres en la pintura y en la música que son todavía los primeros de nuestra contemporaneidad.

Dentro, todo este drama de la supuesta incipiente española y de los obstáculos que se oponen a su desarrollo ha ido perpetuando un país difícil y áspero; y unos brotes de ingenio sustitutivo que es lo que se ha denominado «chapuza». La chapuza ha sido durante mucho tiempo un elemento positivo: el ingenio y la destreza suficientes como para colmar un vacío que no daban las clases dirigentes y que no facilitaba la organización de la sociedad ni el fondo económico del país. Ha ido derivando hacia un contenido negativo: la conversión del trabajo, del estudio, de la aplicación y de la reflexión en una confianza en la inspiración divina o privada. Hemos entrado en una era democrática con la herencia de un régimen falso y absurdo que ha cultivado, adorado, propagado y enaltecido los grandes vicios del país con unas finalidades de dominio. Cuando tratamos de desembarazarnos de él, se nos quiere echar encima por sus supervivientes y sus vástagos. Por todos los medios. Uno de los cuales es el de conservar el secreto sacerdotal —el árbol de la ciencia del bien y del mal—, de cortar como puedan —y todavía pueden— todas las tendencias de modernidad del país, de incorporación a formas de vida de las que ellos mismos nos han privado; de condenar las puertas de las artes y los oficios, y el acceso directo y claro a la soberanía popular.

En la condena de la «chapuza nacional», como forma y estilo de vida que se nos quiere imponer y al mismo tiempo sirve para denigrarnos, está el deseo inaplazable de salir de este estadio. Está la necesidad de bastarnos por nosotros mismos: si ahora con torpeza —quizá con «chapuza»— más adelante con seguridad. Que no se nos ampare, que no se nos proteja, que no se nos salve. Por favor, que nos dejen desarrollarnos por nosotros mismos. Será un problema de años, quizá de algún siglo: no se borra en un día una lejana tradición de incuria, de inquisiciones y autos de fe, de paternalismos y de explotaciones.

Hay en las páginas que siguen unos cuantos análisis, actuales o históricos, con mayor o menor profundidad de pensamiento o de superficialidad del tema. Se pretende, con ellos, entrar a fondo en un problema nacional que tiene muchos aspectos. Y que no es, naturalmente, irreversible. No «somos» así. Nos estaban obligando a serlo. Y tratamos de sacudirnos esa falta de libertad disfrazada. ■